

* 7 MAR 1936

6-70
Año 1936
2281



HISPANIDAD

30
cts

Reservado

para los

Previsores del Porvenir



Avenida Conde Peñalver, núm. 20

Teléfono 14672

MADRID

LEA USTED

HISPANIDAD

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias, Artes, Literatura, Política, Historia y Economía



La Revista de exaltación de España



La que evoca sus recuerdos, sus triunfos,

+ + + sus glorias + + +



Los mejores escritores escriben para

HISPANIDAD



Las mejores fotografías las encontrará en

HISPANIDAD



¡PROPAGUELA!, ¡SUSCRIBASE!, ¡ANUNCIESE!

SUMARIO

ELISEO GALLO, Pbro.: ¡Hispanidad! — JAL MITJAVILA: Civilización hispánica. — Bromas y Veras. — JUAN VÁZQUEZ DE MELLA: La Nochebuena. — ALONSO FERRER DE PLEGAMANS: Nochebuena antigua. — BLANCA DE LOS RÍOS: Jesús Niño. — EL CONDE DE LAS NAVAS: La misa de doce. — Versos de Lope. — MUÑOZ Y PAVÓN: Al Niño Jesús. — ALBERTO RISCO: La noche de San Silvestre. — El niño en el arte. — RAFAEL BURGOS: España en Trento. — Decálogo para la política exterior y colonial española. — EL CONDE DE PECCI: Argentina. — RAFAEL BURGOS: La leyenda de un hombre que no tiene historia.

“HISPANIDAD”

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias,
Artes, Literatura, Política, Historia y Economía

Si todavía no se ha suscripto, envíe sin pérdida
de tiempo el siguiente cupón a la administración:
Calle de Recoletos, 5. - MADRID

BOLETIN DE ADHESION

D.
domiciliado en calle de
desea suscribirse a «HISPANIDAD» por a cuyo efecto
envía por la cantidad de pesetas (1)
(forma de pago) (tiempo)
(Firma)

(1) Un año, 10 ptas.; semestre, 6 ptas.

«HISPANIDAD» publica al año 20 números ordinarios y 4 extraordinarios.



REVISTA QUINCENAL
HISPANO-AMERICANA
DE
CIENCIAS,
ARTES,
LITERATURA,
POLITICA,
HISTORIA
Y ECONOMIA

CALLE DE RECOLETOS, 5.—MADRID

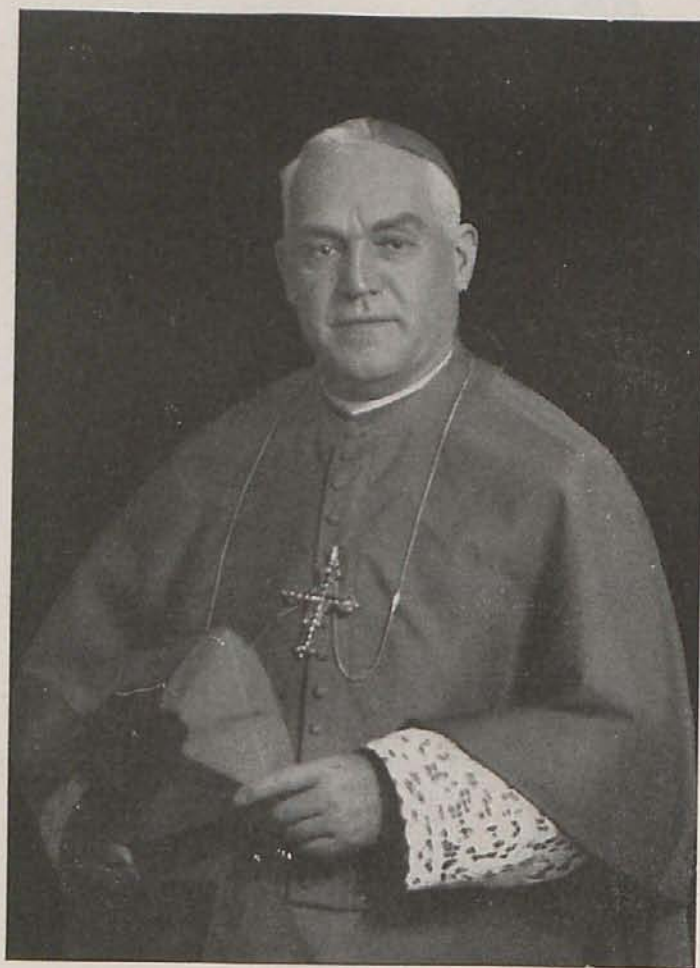
AÑO II - NÚMERO 5 - 16 DE ENERO DE 1936

“Hispanidad,,

desea a sus lectores, amigos y anuncian-

tes, mucha felicidad en el nuevo año

¡Viva España!



l Eminentísimo Sr. D. Isidro Gomá y Tomás, Arzobispo de Toledo, Primado de España, que se encuentra en Roma para recibir de Su Santidad el Capelo cardenalicio. Dentro de breves días se encontrará entre nosotros. Viene acompañado de Monseñor Copello, Cardenal Arzobispo de Buenos Aires. La Acción Católica se apresta para rendir un homenaje a ambos ilustres purpurados. Vaya desde ahora nuestra más sincera y entusiasta adhesión

¡HISPANIDAD!

Me entusiasma la Revista. Que debiera entusiasmar a cuantos llevan sangre de España. Es que, allá en el fondo, hay un sentimiento de grandeza en toda alma española. Raza somos de gigantes, que asombraron al mundo con sus glorias. El sol no se ponía en el Imperio de España. Pero era, sencillamente, por la potencia de otro sol. El sol de la inteligencia hispana. En aquellos tiempos, que fueron, la inteligencia de España alumbraba los senderos de la vida. Su corazón calentaba corazones hermanos. Y sus hombres, así templados, llevaron a cabo la colonización más admirable. Si, señores de la leyenda negra, denigradores de mi patria, mercederos del error, lacayos del oro judío. ¡La más admirable!

Pasó aquello. ¿Para siempre? No, sin duda. España tiene aún bríos de joven. Es la perennidad de la raza. Contra todo y contra todos. Contra los extranjeros que la envidian. Contra los descastados que la injurian. Contra los negociantes que la venden.

Esos son los enemigos de la grandeza de mi patria. Almas envilecidas que no aciertan a mirar sin rencorosa ira el sol esplendente de la gloria hispana. Hijos pervertidos, que no merecen vivir ni morir en tierra española. Turbulenta turba de la anti-patria, que se retrata, denigrando lo que fué. ¡Pobre España mía, si caes en sus manos!

Habrà que repetir con el poeta:

¡Señor! Mi patria llora.
Ebria, desoladora,
la frenética turba parricida
la lleva a los abismos arrastrada,
la lleva empobrecida,
la lleva deshonrada...

Pero, no. Hay aún sangre española, española.

Viven almas próceres por España, y viven hoy. No son héroes de leyenda ni cosas raras de antaño. Hombres de hoy, todo inteligencia, todo corazón. Hijos de los tercios de Flandes. Hidalgos castellanos de siempre, siempre.

¡Hispanidad! Aurora de resurrección. Movimiento de la España que es hacia la que fué. ¡Hispanidad! Vínculo entre la madre Patria y las hijas de otros continentes. Reciedumbre de la Historia. Triunfo del ideal. Palabra a cuyo conjuro santo los buenos hijos de España luchan. Y triunfen, cayendo acaso, para que triunfe España.

¡¡Por España y para España!!

¡Que nos llevan a los errores y horrores de la barbarie! ¡Que la desangran las fieras, que nunca debieron salir de sus cubiles! ¡Hispanidad! Anhelos de cultura, que mate la incultura. Anhelos nuevos para una España nueva...

Ríe la rabia judía, creyendo a España con el manto de su fama hecho jirones. Está bien. Pero no olvide que un manto nuevo se hace con corazones hispanos...

ELISEO GALLO, PBRO.

“LA PANCHITA,,

MANTEQUERIA :: FIAMBRES :: ULTRAMARINOS

DAMASO MENGOD

SERRANO, 98 : : : TELEFONO 50801 : : : MADRID

Civilización Hispánica

Pasaron los tiempos de la triste y execrable «leyenda negra» y comienza a hacerse un poco de justicia a España, comprendiendo, al fin, la elevada misión espiritual que nuestra Patria, en su egregia grandeza, no vaciló en llevar a cabo en «las Indias» sin reparar en los cuantiosos e ineludibles sacrificios de oro y sangre.

La alta misión realizada, cumplidamente, con fervoroso entusiasmo, empieza al cabo de los siglos a lanzar un poco de luz sobre las siniestras tinieblas de la anti-España y los falsos pilares, sobre los que se erigió la ominosa leyenda, son impotentes para resistir el empuje del luminoso resplandecer de la verdad. Ya se resquebrajan con crujir de rencores, y su ruina inevitable y deseada, mostrará a la faz del mundo el cúmulo de insidiosas injurias que los rellenaba, incapaces de sostenerse en pie ante la acción conjunta de la Historia y del tiempo, que todo lo aclara.

Con la cruz y con la espada, pero con predominio de aquélla y usando sólo de ésta en los trances dolorosos en que la tradición, o la fuerza, trataban de interrumpir el cumplimiento de un deber glorioso, España, anhelante de llevar su cultura y sus leyes a las multitudes, esclavas de un barbarismo primitivo, cumplió su difícil cometido con la sencillez y majestad requeridas por su regio abolengo.

Sólo la hidalguía y el misticismo de un pueblo tradicionalmente cristiano, de un pueblo profundamente católico y sabedor de la nobleza que entrañaba una penetración, allende los mares, en tierras desconocidas, inexploradas, llenas de graves peligros, en las que sucumbieron tantos de sus hijos, podía dar cima a una empresa a la par terrible y santa.

Pero España nunca entendió de empresas difíciles, ni se dejó llevar por deseos que encubriesen mezquindad o inobleza. La espiritualidad, tan hondamente sentida—patrimonio inextinguible de sus hijos—, prestó arresos e infundió ánimo a las legiones de españoles que, al albur de una aventura incierta, se

lanzaron valientemente a ella, sin parar mientes en los riesgos innúmeros y constantes que, aun a trueque de dejar en ellos prendidas sus vidas, como flores de sacrificio, se aprestaron a regar con su sangre españolísima, una y mil veces bendita, los senderos de redención de otras razas idólatras y atrasadas que más tarde habrían de recoger los frutos evangelizadores de una semilla tan profusa y generosamente sembrada.

Así fué España y así, fiel a su tradición, seguirá siendo. Patria de patrias, a las que se encuentra estrechamente vinculada, por lo que ningún poder de la tierra sería suficiente para romper. Mezclando su sangre, pródiga en el reparto y dando su cultura, su lengua, su religión y sus leyes humanizadas, con amor de madre ternísima, creó la Hispanidad. Y he aquí que la Hispanidad, esta sublime palabra que evoca con dulzuras inefables el cumplimiento de una ley divina, el «amaos los unos a los otros», significa la unión espiritual de razas varias, fundidas consanguíneamente, las que, por la grandeza desinteresada de la madre España, componen un gran imperio.

¡Hermanos todos de la Hispanidad! ¡Testigos de la suave civilización que fué llevada a vuestro seno, creando naciones sin destruir razas—al contrario de lo que otros pueblos de perfidia singular hicieron—, sino por unión física, material con ellas! Vosotros, mejor que nadie, podéis dar fe de lo que fué la civilización hispánica y con vuestro apoyo leal y sincero terminar, de una vez, por destruir la infamante «leyenda negra» restituyendo a la madre Patria el prestigio que le corresponde y que intentaron robarle sus enemigos, creando una denigrante y falsa novela que, con la ayuda de Dios y nuestros comunes esfuerzos, de aportación de datos de histórica veracidad, terminará por servir para arrojar a la cara de sus propios creadores, todo el lodo con que pretendieron enfangar la alteza de miras y nobleza de sentimientos de nuestra muy amada España.

JAL MITJAVILA

BROMAS Y VERAS

Calles, clerical y fascista. Así nos lo notifica la prensa de estos días. Calles es un clerical y un fascista, han afirmado los comunistas mejicanos. Tenemos una duda terrible: si Calles es clerical, ¿qué habrá que hacer para ser un perfecto c...omunista?

Se habla de un frente nacional contra la revolución y sus cómplices. Magnífico. Y que llegue pronto la hora de concretar algo más. España está harta de ambigüedades. Con la negación no se construye nada. Y el *anti* es negación. Urge afirmar con toda la valentía y firmeza que los acontecimientos exigen. Afirmación absoluta de España tal como ella es...

La fórmula política desde 1931 hasta nuestros días: *ir tirando*; a ver si así llegamos hasta que vayan naciendo los republicanos que tanta falta está haciendo a la República.

Según la opinión inglesa, España no tiene gobierno. No, desde luego. También a nosotros nos parece lo mismo. Tenemos desgobierno y república, que no es precisamente lo mismo que gobierno. Pero debe irnos muy bien con él cuando tan pacíficamente hacemos deslizar nuestra vida. De vez en cuando oímos que esto no puede seguir así, pero es evidente que puede seguir cuando sigue. Y los que piensan que de esta forma no podemos, no debemos, mejor, continuar, ¿por qué no trabajan con todas sus fuerzas por que así no sea?

¿Qué hay que decirle al español para insultarle? Porque le han dicho de todo y no se ha sentido herido.

¿Qué hay que hacerle para que se sienta

vejado? Porque también han probado a hacerlo sin que apenas a ninguno le duela.

Un caso que no acertamos a comprender: para simple empleado de Ministerio es necesario ganar la plaza mediante unas oposiciones. ¿Cómo para ser ministro no hace falta absolutamente nada? El Ministerio de Comunicaciones, por ejemplo, fué regentado por un señor al que habían dado calabazas en unas vulgares oposiciones. No obstante, el que no servía para oficial sirvió para ministro... Imposible de comprender.

«Tenemos esperanzas muy fundadas de que algún día tengan ocasión de comprobar las derechas que una revolución como la que ellas invocan para asustar a las gentes es algo muy distinto a la experiencia inocente y tímida del bienio. La Historia viva que se escribió tantas veces con sangre, se alumbra hoy con llamaradas de la revolución rusa».

Tan *diáfananamente* se expresa «El Socialista». El cinismo de los «zurdos» tiene más grados que los venerables hermanos... y que ministros la República. Pero no es lo peor que sean cínicos, única forma de ser «zurdos», sino que haya quienes consientan sus propagandas. Los mismos que las autorizan ahora serán los primeros en lamentarlas si, para desdicha de todos, se consumaran sus propósitos.

Comienza ya la gran actividad de los partidos políticos. Es indudable que exige sacrificios y dinero. La campaña electoral exigirá aún mayores sacrificios y más, mucho más dinero. En conciencia y por españolismo estamos obligados a no regatear nuestro concurso. Quizá mañana sea tarde.

LA NOCHEBUENA

POR D. JUAN VAZQUEZ DE MELLA

¡Cuántos recuerdos y alegrías encierra para el cristiano aquella noche memorable, que fué día espléndido para la humanidad, porque sobre las pajas de un pesebre brilló el astro de la verdad y los divinos heraldos anunciaron la paz a los hombres de buena voluntad!

El Libertador del mundo levanta su trono en un pesebre para darnos ejemplo de humildad, y nace pobre y sin abrigo, como si quisiera demostrar a los hombres y a las sociedades redimidas y regeneradas por El, que la civilización que brota de su doctrina como magnífico raudal ha de tener, como caracteres indelebles, no la independencia racionalista, sino la sumisión y obediencia, y ha de colocar la virtud sobre los materiales, uniendo con el abrazo de la caridad a los débiles con los poderosos.

Los Reyes Magos, guiados por celeste luz, van a postrarse ante la cuna del Dios-hombre, como ejemplo del deber que tienen todas las potestades de rendirse ante la suya, y como muestra de la obligación que pesa sobre los reyes, de hincar la rodilla y ofrecer la corona al que da y quita los reinos y juzga las justicias de los hombres.

* * *

En el portal de Belén comienza aquella frontera que termina en el Calvario y que se para perpetuamente dos mundos:

El que se engrandece y prospera a la sombra protectora de la Cruz, porque es libre al amparo de su ley, y el que esclaviza al hombre con la cadena del naturalismo y ahoga la sublime tendencia de su naturaleza a la posesión del bien infinito, encerrándola en el estrecho círculo de la vida presente y mostrán-

dole como único porvenir este valle de lágrimas, convertido en tenebrosa mazmorra cuando no le iluminan los eternos resplandores.

Sobre Belén y el Calvario se levanta el arco triunfal de la civilización cristiana, rematada por la Cruz.

El apetito rebelde, que no sufre la ley del deber y las debilidades y errores de la razón, que trata de cohonestar sus desórdenes, han hecho que muchos hombres, repitiendo el perpetuo «non serviam» de Luzbel, hayan dicho como la muchedumbre deicida: «No queremos que Cristo reine sobre nosotros».

Y creen progresar cuando, vueltas las espaldas a la Cruz, retroceden hacia el paganismo que ella derribó.

Este retroceso, disfrazado con el nombre de progreso, es la mayor aberración que se ha visto en el mundo.

* * *

La Nochebuena para las víctimas del error moderno, es un recuerdo ridículo, o lo más, la conmemoración del nacimiento del Sócrates Judío.

Para el católico, es el más grande y sublime de los recuerdos, porque señala la fecha en que, cumpliéndose las profecías, apareció el Hijo de Dios en la tierra para rescatar al humano linaje de la servidumbre del pecado y otorgarle la inmortal libertad del deber, que es la cifra y compendio de todas las justas libertades.

Y, por eso, en la familia cristiana, es la Nochebuena la fiesta de religiosa intimidad, en que se avivan los afectos con la cordial y amorosa alegría, pero también con solemne tristeza, porque en esa noche memorable se evoca la memoria, el recuerdo de las perso-

nas queridas, y siente el corazón mortal angustia al ver que ya no se congregan bajo un mismo techo aquellos que formaban, en cierto modo, parte de nuestro ser y de nuestra vida.

¡Las dulces horas de la infancia, los regocijados dios de la primera juventud, cómo asaltan la memoria en esta noche, pintándonos lejanas perspectivas de ventura, que ya no volverán!

Alegrias y tristezas, melancolias y placeres, forman la trama de la vida del corazón, y parece que el día de Nochebuena nuestra inteligencia se esfuerza en resumir tantos recuerdos y afectos, como si, antes de mirar al

porvenir, quisiese recorrer de nuevo la senda emprendida. Que el corazón encierra tantos misterios, que se complace en renovar sus propias heridas y recordar los días felices, para atormentarse con la amargura de haberlos perdido. Así lo comprende ese gran poeta que se llama el pueblo, y por eso ha sabido expresar las tristezas de la Nochebuena en aquel sencillo e inspirado cantar:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Invierno

No vi en la nieve, al fin, cómo caía
la hoja postrera, cuando el sol poniente
tejiendo iba en las ramas la doliente
mortaja de oro en que se entierra el día.

Ea alzó el viento, y se fué como una estrella
sobre el atardecer lleno de tedio...,
y yo sentí que se iba, sin remedio,
algo de mí también detrás de ella!

Mi alma quedó sin ansia y sin anhelos,
y sin hojas ni flor la rama inquieta
quedó bajo la nieve de los cielos...

¡Cómo sintieron en la tarde quieta,
al nacer al dolor, como gemelos,
su desnudez, el árbol y el poeta!

José María Pemán

Nochebuena antigua

Las costumbres cristianas y españolas se van perdiendo. Esta de celebrar la Nochebuena en el seno del hogar y frente al nacimiento, que hacía las delicias de pequeños y mayores, está ya rodeada de la dulce melancolía de lo que fué. Porque aun celebrándose en algunos hogares, son muchos de los altos y los bajos en que las corrientes que se llaman modernas—léase odio de clases, extranjería, horror a la cursilería! de lo que hacían nuestros abuelos—y, sobre todo, ese pernicioso indiferentismo ambiente, han irrumpido, borrando de la vida de familia aquel cuadro, rico de puros sentimientos, plétórico de inocentes alegrías de niños y de apacibles contentos de los mayores, que en la noche más bella del año cristiano restañan las heridas crueles que les infiere el mastín del cotidiano vivir.

¡Nochebuena cristiana y española, allá en mi Valencia española y cristiana! Al borde de la medianoche—como si fuese hoy lo recuerdo—desde los barrocos campanarios los bronces voceaban la Misa del Gallo. Ibamos a misa a San Nicolás. Una iglesia que en la Nochebuena, con su techo pintado de ángeles, nubes y guirnalda; con sus luces, con los trémolos de su órgano, muy acariciadores, y con aquel Niño Jesús que en su camita de pajas nos miraba desde el altar mayor, envuelto en nubes de oloroso incienso—como el de los Magos—; era una antesala del cielo.

Después de la misa volvíamos a casa; los niños, con la llama viva de la impaciencia al rojo vivo, y no era para menos, pues el nacimiento, la obra que nuestros padres nos ofrecían en la noche santa, iba a ser nuestra en toda su belleza.

¡Nacimiento en la Nochebuena! ¡Española costumbre desarraigada de nosotros por el materialista vendaval del modernismo! Más de una vez contribuí a montar el Belén allá

en mi casa de Valencia; mi casa sin confort, ni lujo, ni comodidad, pero que tiene para mí un clima espiritual único. Voy a recordar. Del cuarto más escondido sacábamos un cajón enorme, de la buhardilla bajábamos unos rugosos corchos. Del cajón comenzaban a salir las más variadas figurillas de barro. La Virgen, la cuna con el Niño, el buey, la mula, aquel pastor de montera negra y capa de rojo embozo—pastor hidalgo de la noble Castilla en tierras de Belén—que se calentaba sus ateridas manos en una humilde hoguera; la lavandera que en la fría noche tendía húmeda ropa. Pastorcitos bailando y aquellos otros de las ofrendas, miel, ovejas y haces de leña, al Niño-Dios.

Poco a poco, la montaña de mentira era verdad. Allá, en un remanso de la ladera, estaba el pesebre que sirvió de primera morada al Rey de Reyes. Por todo el monte caía la sal y la harina. La nevada era una realidad. Los Magos, en fastuosa cabalgata, descendían en milagroso equilibrio por los más difíciles vericuetos, mirando a la estrella de fantástica cola que sobre la gruta de Belén había. Ríos de papel de estaño, lagos de espejo, luces por entre los riscos y desvelados corderitos pa-ciendo por toda la montaña. Por fin, todo arreglado, y solamente faltaban los niños para alegrar el cuadro.

Villancicos. Recuerdo aquellos de Fernán-Caballero, tan sencillos y sentimentales:

Al Niño recién nacido
Todos le traen un don;
Yo soy chico y nada tengo,
Le traigo mi corazón.

En el Portal de Belén
Hay estrellas, sol y luna,
La Virgen y San José
Y el Niño que está en la cuna.

Villancicos que fueron nuestra lección en el colegio el día anterior a Nochebuena, para declamarlos ante nuestra familia.

Riendo y cantando amábamos a Dios como un niño más. En nosotros se miraban complacidos nuestros padres. Así—se dirían—no importa la amarga filosofía del villancico triste:

La Nochebuena se viene
La Nochebuena se va
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

Cuando no volvamos más—pensarían nuestros padres—quedarán estos pequeños y su fe—sustancia de lo que se espera—, y como nosotros esperarán ellos, y esperar es vivir. En la carne de nuestra carne viviremos.

Un hogar sin nacimiento en la Nochebuena, da frío. No basta el extranjero árbol del que penden juguetes, hay que seguir la dulce tradición. ¡Hogares españoles, celebrad la fiesta del Niño-Dios! ¡Hogares cristianos, que este recogimiento y alegría en la santa noche sea el exponente que os distinga de los «otros»! Los «otros» que van al hotel cosmo-

polita a celebrar la Nochebuena entre estridencias de «jazz-band» y pecadoras cadencias criollas. Los «otros», que en la Nochebuena se distraen en cines y teatros. Los «otros», que no están satisfechos si en toda fiesta profana o religiosa no rinden copioso culto a la comida y la bebida. Cerdos de Epicuro que no han de comprender nunca la placidez espiritual de la Nochebuena.

En pie la tradición, ¡hogares españoles!; la tradición que es vida, piadoso recuerdo, agradable complacencia y acercamiento a Dios. Bendito tiempo aquel en que no abríamos las puertas de la patria a las corrientes extranjeras, porque creíamos absolutamente en todo lo nuestro. Renazcamos, pues, y que la celebración de la Nochebuena sea otra vez el acto de fe en la belleza de nuestras costumbres y por ende de nuestra España, y en la grandeza de ese Dios que al filo de la media noche de una noche fría y oscura, nació en Belén para ser la luz del mundo.

ALONSO FERRER
DE PLEGAMANS

Clínica del Dr. Luque

SANATORIO EXCLUSIVAMENTE PARA SEÑORAS

ATENDIDO POR RELIGIOSAS DE SAN VICENTE DE PAÚL



INTERNADO PARA OPERADAS Y DE MATERNIDAD



AVENIDA DE PABLO IGLESIAS, 58

(ANTES REINA VICTORIA)

(JUNTO AL STÁDIUM METROPOLITANO)

TELÉFONOS: 42290 - 42299



JESUS

NIÑO



Toda la vida de Jesús, desde el establo de Belén hasta el sepulcro, desde el sepulcro a la subida a los cielos, es sagrada ejemplaridad, que culmina en el Calvario; pero de los días de su recogida infancia en Nazareth se exhala un olor a cerrado huerto místico, y un fulgor de luces proféticas que penetran todo el mundo cristiano.

Las cálidas ternuras maternas no eran sólo un sentimiento humano, ¡el mayor de los sentimientos humanos!, en el corazón de la escogida Madre Virgen; sabía María que su hijo era Dios, y su ternura hacía prosternada, su entrañable arrebatado, hacía reverente, su autoridad de Madre estaba pronta a la obediencia cuando en el dócil niño se revelase Dios en un mirar de los que encienden los astros, o en un querer de los que crean los mundos y las almas.

Y si la Madre Dolorosa clamó en el Calvario: «¡Ved si hay Dolor semejante a mi Dolor!», la Madre gloriosa sentía en Nazareth: «¡Ved si hay Amor semejante a mi Amor!» Su amor era único, porque sólo su Niño era el hijo de sus entrañas y el Dios de los cielos, el Autor de todo lo creado.

Desde la sagrada noche de Belén hasta que habiendo perdido al Niño en el camino de Jerusalem le hallaron en el Templo discutiendo con los Doctores, y vieron que en el tierno Infante se reve-

laba el Dios-Hombre y comenzaba su apostolado augusto, y singularmente en los años transcurridos entre la vuelta de Egipto y el encuentro en el Templo, la vida de Jesús fluyó en prestigiosa penumbra de entre infancia y deidad; y ante aquel misterio, María y José vivieron con las almas de rodillas, fluctuando entre dos emociones inefables; enhechizados ante las gracias de aquella infancia celeste y sacudidos de sagrado pavor en la expectación de los días proféticos, en que Cristo había de cumplir su obra de Redención comenzada en el pesebre.

Entre tanto, la infancia de Jesús ibase abriendo como una milagrosa flor de vida. María y José ejercían con el unigénito del Padre una santa pedagogía; pronunciaban a su oído las palabras que el Niño repetía, estrenando el maravilloso don del habla; recogían de sus labios las sonrisas primeras, que alumbraban como el luciente albor del día; bebían de sus ojos miradas, en que esplendían fulgores de no creada luz, y sus almas se anegaban y sumían en aquella delectación suprema y sólo de ellos gustada. Y Dios, hecho párvulo, paladeaba con labios de carne la Vida que El había creado; y hallaba que era dulce y suavísima en el estado de gracia y de inocencia, y ansiaba redimirla y lavarla de las culpas con que la manchó y la profanó el hombre.

Penetrar en aquel misterioso limbo, adivinar con las proféticas clarividencias de la fe y con las milagrosas intuiciones del genio las escenas de aquellas divinas niñeces, fué la constante aspiración del Arte Cristiano desde sus más inciertos balbucesos. ¿Dónde hallar más claro, más puro, más divinamente humano raudal de inspiraciones? ¿Dónde más alto estímulo a la creadora fantasía; dónde más caudaloso y excelso raudal de emociones?

Dios, al humanizarse, divinizó nuestra humanidad, y María vería proféticamente en el cerrado capullo de la infancia de Jesús la sangrante rosa de Pasión de Getsemaní y del Calvario; y vería más allá las cegadoras lumbres de su transfiguración y la infinitud de su gloria, no imaginada por pensamientos de hombre. La azucena metamorfoseada en rosa; la mística doncellez transfundiendo su pureza a la generosa Maternidad; la omnipotencia de Dios escondida en el débil cuerpecito de un párvulo; la Virgen Madre abrazando al Dios-Niño, y la Profecía de Redención nimbando en trágica sublimidad aquel grupo, que iba a ser eterno modelo de la Familia Cristiana; en aquella inexhausta fuente de inspiración bebió toda la estética de aquende el Calvario.

Todo el arte cristiano es un inmenso himno milenario a la Maternidad de María, desde las Catacumbas al Renacimiento. En las Catacumbas aparece ya la Virgen Madre no sólo en la *Adoración de los Reyes*, escena repetida en los cementerios de Priscila, Domitila y los Santos Pedro y Marcelino, sino en los frescos de la *Virgen y el Profeta* y *La Madona y el Niño*; y desde entonces el arte se consagró a la Maternidad de María, primero en la hierática imagen oriental de la Virgen sedente sirviendo de trono vivo al Hijo de Dios, donde María realizó el tipo que los arqueólogos llamaron de las *Sedes Sapientiae*; después, en las catedrales, que desde el siglo XIII crecían al par que la devoción mariana, y con ella lograron en el XIII su apogeo; la mística selva ojival ardía en amor de la Virgen Madre, y los imagineros medievales cantaron la gloria de María con gubias y cinceles en las tallas de los coros y en los tímpanos o en los parteluces de los pórticos, bajo calados doseletes, donde la piedra se entreteja con la luz.

Los *primitivos* mezclaron en sus paletas el rosicler de los amaneceres de Italia en el beato misticismo de su fe, y sobre el traslúcido esmalte de sus cielos destacaron, en tronos menudamente esculpidos, a la Virgen Madre envuelta en hieráticas vestes de floreado examito. Y en los grandes días del Renacimiento, cuando la augusta forma gentilica se desposó con la sublime emoción cristiana, Rafael Tiziano, Bellini, Leonardo, Correggio, Buonarroti, y en nuestra España Murillo, sobre todos,

encendieron en torno a María tal esplendor de gloria que no lo apagará el paso de los siglos.

Rafael en Italia y Murillo entre nosotros sintieron y pintaron con amorosa predilección la maternidad de María y la infancia de Jesús; bajo el pincel del de Urbino, el Niño de Nazareth se anima con insuperable gracia y belleza humana, y la Virgen, resplandeciente de vida y de hermosura, se embriaga contemplándolo en una delectación que más que de éxtasis místico tiene de frutivo goce de la Maternidad feliz, no de la divinidad humanizada por Amor.

Nuestro Murillo, nacido en aquella España áurea donde el fuerte realismo confluyó con la corriente mística que dejó encendida y transfigurada el alma nacional, como por el paso de un río de llamas y de estrellas, sintió como nadie la recia pulsación de la realidad y el rapto del alma a Dios; y en lienzo como el del baptisterio de Sevilla acertó a pintar lo sobrenatural y lo terreno, sin que las lindes de las dos vidas se confundieran, poniendo asombrosa verdad en lo real y milagrosas videncias en lo suprasensible. En sus lienzos, como en las celdas de los místicos, se volcaban a deshora los cielos, y por aquellos «rompimientos» celestes andaban Jesús Niño sobre rayos de sol y rodaban legiones de ángeles, *todos nacidos en Sevilla*, en quienes la niñez y la bienaventuranza se fundían en triunfal apoteosis.

El «Pintor de la Concepción», el que dió perenne forma estética a la Inmaculada Pureza original de María, fué también el pintor del Niño Jesús— así lo reconocen los críticos extranjeros—; en sus *Sagradas Familias*, que respiraban la intimidad beata del humilde hogar de Nazareth; en sus numerosísimas Vírgenes con el Niño, como en la «Santa Familia», del Louvre; en el célebre cuadro de los *Niños de la concha*, y en tantos otros. El Jesús Niño de nuestro Bartolomé Esteban es un Niño sevillano visto con ojos andaluces, en el que la gracia y el sol de Sevilla se funden con la increada luz que irrumpe de los cielos, que se abren para contemplar la infancia del Hijo de Dios.

Cada pueblo y cada arte de la Cristiandad sintió y representó a su modo, animándola con savia de su vida, envolviéndola en luces de su cielo, vistiéndola de su carne, dándole el tipo y el color de su raza, la infancia de Jesús; quizá ningún pueblo ni ningún arte hizo tan suyo a Jesús Niño como España, cuando se hizo toda suya en Murillo.

BLANCA DE LOS RÍOS



LA MISA DE DOCE

Para ponderar la estatura de mi tía, uno de aquellos granujas de la Partía de la Tizne, de Málaga—que tienen más sal que la laguna de Fuentepiedra—, separado con alguna violencia de la acera, donde jugaba a la rayuela, por mi ilustre pariente, le dijo:

—¡Vaya con la ceñora, que es más larga que mil riales de tomiza, y del mismo ancho, y no pue pasar sin arrempujar!

La misa de doce en la catedral de mi tierra suele decirse en el altar del trascoro, que, a diferencia de lo que se advierte en la mayor parte de las otras de España, es del mismo estilo del templo: grecorromano.

No doy una gran noticia al consignar que allí es la misa de doce la de la gente elegante, perezosa en todos los países, y que está siempre muy concurrida.

Acababan de mudar el misal al lado del Evangelio, cuando mi tía, que era muy miope y venía deslumbrada de la calle, entró en la espaciosa iglesia y comenzó a abrirse paso entre los fieles con la característica desconsideración y macizo egoísmo de muchas beatas.

Cuando estuvo satisfecha la señora marquesa de pisar callos y colas y de dar empujones y codazos, como al medio del camino del altar se inclinó, formando un arco parecido, en el ojo, a los de cualquier puente de primera clase.

Como quien busca algo que se le ha caído, miró mi tía de un lado a otro, decidiéndose, por fin, a tocar en el hombro de una garrida moza.

Andrea la pitillera se volvió con más premura que si la hubiesen puesto banderillas de fuego, tropezando su primorosa nariz con el afiligranado rosario de mi parienta, que preguntó en tono meloso:

—¿Quiere usted decirme si alcanzaré la misa?

Andrea miró a mi tía de abajo arriba, como hubiera hecho de encontrarse al pie de la Giralda, para ver el giraldillo, y respondió, recalando mucho cada palabra:

—Ceñora..., ¿pues si usted no la arcanza, quién va a arcanzarla?

EL CONDE DE LAS NAVAS

BALANCE DE UN AÑO

El cronista quiere trazar la semblanza política del fenecido 1935. Pero un sentimiento de repugnancia le obliga a abandonar su tarea. ¿No está en la conciencia de todos lo que escribir pudiera el cronista? Los periódicos le han servido diariamente lo que han podido decir de los acontecimientos del año. ¿Podríamos añadir nosotros algo nuevo? No ciertamente. Lo que no pudieron decir ellos no nos lo permitirían a nosotros. Por otra parte no es nuestra misión la de informar sino la de orientar. El observador imparcial ha podido sacar una consecuencia y con ella es con la que debe presentarse a las urnas, cuando sea...

Al nacer el año—murió con una crisis—, queda abierto el período electoral, en medio de las más sórdidas ambiciones y cosas muy pequeñas... muy pequeñas cuando se discute la salvación de la Patria. Alguien pregunta: ¿qué es la Patria?, para luchar, no lo ocultan, por la Anti-España.

HISPANIDAD, síntesis del amor a la Patria, del amor a Dios y de la tradición de nuestra Historia, ve con tristeza, con agonías de muerte, la carencia de todos esos valores. Se lucha abiertamente por la Anti-España... ¿Por qué no luchamos con virilidad, con entereza, con hombría por la Hispanidad?

VERSOS DE LOPE

*Norabuena vengáis al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.*

Niño de jazmines,
Rosas y azucenas,
Niño de la niña,
Después dél, más bella,
Que tan buenos años,
Que tan buenas nuevas,
Que tan buenos días,
Ha dado a la tierra.
Parabién merece,
Parabienes tenga,
Aunque tantos bienes
Como Dios posea;
Mientras os tardastes,
Dulce gloria nuestra,
Estábamos todos
Llenos de mil penas;

Mas ya que vinistes,
Ya la tierra alegre
Ver que su esperanza
Cumplida en vos sea.
Digan los pastores,
Respondan las sierras,
Pues hombres os adoran,
Y Dios os contempla.

*Norabuena vengáis al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.*

Que os den parabienes,
Y os hagan fiestas,
A voces lo cantan
El cielo y la tierra.
En el Limbo dicen,
Reyes y profetas,
Que ha venido el bien
Que su mal remedia.

Aves celestiales
Los aires alegran,
Pacífica oliva
Vuelven las adelfas,
Las montañas altas,
Las nevadas sierras,
Aguas en cristales,
Nieve en flores truecan.
Los ecos del valle
«Cristo nace» suenan,
Las fieras se amansan,
Los corderos juegan,
Bajan los pastores
Y serranas bellas,
Y cantando a coro,
Dicen a las selvas:

*Norabuena vengáis al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.*



AL NIÑO JESÚS

Arrullos
 ¡A la nanita, nana,
 Nanita ea!
 Mi Jesús tiene sueño.
 ¡Bendito sea!

I

Pimpollo de canela, lirio en capullo,
 Duérmete sin recelos mientras te arrullo;
 Duérmete, que del alma mi canto brota,
 Y un delirio de amores es cada nota.
 ¡Oh, Niño, de cuyos ojos el sol fulgura!
 Cerrarlos es cerrarme de noche oscura;
 Pero cierra, bien mío, los ojos bellos,
 Aunque tu Madre muera sin verse en ellos.
 Fuentecilla que corre clara y sonora,
 Ruiseñor que en la selva cantando llora;
 Cantad mientras la cuna se balancea:
 ¡A la nanita, nana, nanita, ea!

II

¡Ay, qué manos tan bellas las de mi Niño!
 Suavidad y blancura tienen de armiño.
 ¡Qué dolor tan de muerte para esta Madre
 Cuando fiero verdugo se las taladre!
 Sienes de leche y rosa, sienes divinas,
 Que habéis de ser punzadas por mil espinas.
 Dejadme, blancas sienes, que os bese ahora
 Con la piedad del Angel que a Dios adora.
 Y tú, triste presagio que me torturas,
 Almáciga de penas y de amarguras,
 Huye mientras la cuna se balancea:
 ¡A la nanita, nana, nanita, ea!

III

Boquita de amapolas y de claveles,
 Que ha de ser impregnada de amargas hieles;
 Llega, boca divina, llega a este seno
 De leche, de dulzuras y amores lleno.
 ¡Por Dios, Hijo mío, no abras los brazos,
 Que, al abrirlos, el alma me haces pedazos;
 Pues me imagino verte cadáver yerto,
 Colgante, desangrando y el pecho abierto!
 ¡Pero huid, negras sombras de mil dolores;
 No me nubléis el Cielo de mis amores!...
 Huid, mientras la cuna se balancea:
 ¡A la nanita, nana, nanita, ea!

IV

Manojito de rosas y de alelías,
 ¿Qué es lo que estás soñando que te sonríes?
 ¿Cuáles son tus ensueños? ¡Dilo, alma mía!
 Mas... ¿Qué es lo que murmuras?... ¿Eucaristía?...
 Yo no sé lo que es eso, Niño del alma;
 Mas pues que tu sonrisa mis penas calma,
 Sigue, sigue soñando, mi dulce Dueño,
 Sin que nada te ahuyente tan grato ensueño.
 ¡Pajaritos y fuentes, auras y brisas,
 Respetad esos sueños y esas sonrisas!...
 Callad mientras la cuna se balancea:
 ¡A la nanita, nana, nanita, ea!
 ¡eal... ¡eal... ¡eal...

MUÑOZ PABON

La noche de San Silvestre

Hay en Roma una tradición tan fantástica como singular.

Crean los vecinos de la comarca que el día último del año, el anciano San Silvestre baja del cielo, y olvidado, a causa tal vez de los ochenta años que vivió en el mundo, de lo que vió en su excursión anterior, recorre la ciudad del Tíber sin encontrar en ella más que miserias y trabajos, que va recogiendo en sus manos, y cargado con el pesado haz, vuelve a subir al cielo para ponerlos a las plantas del Señor y pedirle por ellos misericordia.

Algo semejante, aunque visto por otro lado menos abrumador y triste, cuentan semejantes españolas. El ilustre hijo de Justa y Rufino, el sucesor de San Melquiades en la silla de San Pedro, ¿ha de ver siempre miserias y pecados al hollar con sus sandalias bordadas de oro el polvo donde duermen las glorias y los héroes de la ciudad de las siete colinas?

Era la última noche de aquel año.

La Ciudad Eterna, arropada en las sábanas de grises cendales con que la cubren las emanaciones del Tíber, dormía tranquila, cercada de huertas y jardines, como si fuese el mismo César que, después de sus asiáticas expediciones, descansaba sobre un lecho formado con los laureles del triunfo.

Sin embargo, no descansaban todos los romanos.

Allá en una buhardilla del apartado barrio de Testaccio iban cayendo las lágrimas del dolor con la misma blanquísima monotonía con que bajan sobre los valles y florestas en la estación del invierno los menudos y espesos copos de nieve, hasta convertir los campos y arboledas en un montón de abigarrados fantasmas que yerguen desde el suelo sus frentes envueltas en immaculados sudarios.

En aquel tugurio agitaba entonces sus alas la muerte, dispuesta a impedir que el hijo único de una pobre viuda viese alborear el sol del siguiente día, anunciando al mundo la venida de un año nuevo.

Por la orilla opuesta del río dibujóse de pronto la silueta de un hombre de corpulenta estatura. A la luz pálida y blanquecina que vertía sobre la campiña romana el disco redondo de la luna en mitad de su plenilunio se podía distinguir perfectamente su lengua barba blanca, semejante a un campo nevado, su extraño ropaje, semejante a las antiguas y pesadas capas pluviales; sus desnudos pies, calzados con sandalias bordadas en oro. Su cabeza la tiene cubierta con la tiara de dos puntas, y sostiene su encorvado cuerpo sobre una cayado de plata, donde las piedras preciosas centellean de cuando en cuando, como suele resplandecer alguna que otra estrella por entre los jirones de nubes en las noches de tormenta.

El misterioso anciano llega hasta la misma línea donde se besan las ondulaciones y remansos del río con los musgos y florecillas de la orilla, y cual si el cauce del Tíber fuese continuación de la pradera, siguió caminando por las aguas con su paso de anciano, apoyando su báculo en las movibles y turbias ondulaciones que formaba la corriente de las aguas.

Llegó hasta la opuesta ribera. La luna entonces se dejó ver con toda su claridad y hermosura, y el anciano levantó la frente y pasó una mirada por aquella ciudad donde tantos siglos antes había reinado como Pontífice y como Monarca. Casi nada estaba ya en su sitio. Hasta las piedras habían cambiado de lugar.

Movió la cabeza y se internó por las calles. En aquel momento los relojes de la ciudad daban las doce; pero el santo Pontífice no entendió aquellas señales.

¡Oh, qué de lágrimas, qué de pecados, qué de infortunios recogió en una sola noche!

Pasó por el barrio apartado de Testaccio y sintió que por entre las rendijas de un miserable tugurio se escapaba, junto con los rayos de una luz mortecina, cierto perfume agradable que no era olor de pecados, y el santo viejo penetró en la casa, ganó poco a poco los innumerables escalones que daban subida hasta la buhardilla, descansando a cada paso para

respirar aquel aire de la tierra, que más bien le asfixiaba que le refrescaba, y penetró en la habitación.

Vió allí una madre demacrada y llorosa, puesta de rodillas ante una cama donde su hijo, ya con el estertor de la agonía en el pecho, la miraba con ojos cargados de pena, para volverlos después, cargados de resignación, a un crucifijo que su madre le presentaba.

Y las palabras que no se escapaban de aquellos labios maternos, decían así:

—No, hijo mío; no le pidamos al Señor que te sane; pidámosle que se cumpla en todo su santa voluntad. Tú eres el único amparo, el único calor, la esperanza única que a tu madre le restaba en el mundo; pero si así lo quiere, si así lo dispone, besa las llagas de tu Redentor, besa la frente y las canas de tu madre, y vete al cielo, que Dios cuidará de mí.

El viejo la escuchaba en silencio. Se acordó de los mártires del Coliseo, y comparando martirio con martirio, sufrimientos con sufrimientos, movió la cabeza, como diciendo: «La era de los mártires, gracias a Dios, no ha pasado todavía».

Después se acercó a la cabecera del enfermo, le tocó la frente con su mano invisible, y sobre aquel enfermo cayó la bendición que tantos siglos antes cayera también sobre la frente de Constantino para sanarle de la enfermedad que contrajimos en nuestros primeros padres.

El joven dejó de respirar con angustia, se serenó su pecho, y mirando a su madre con ojos cargados de satisfacción, para volverlos después al crucifijo con ojos cargados de esperanzas, exclamó:

—Madre mía, me siento mejor. ¿Por qué será?

* * *

Al salir de aquel tugurio el santo anciano se llevaba las lágrimas resignadas de la madre junto con los dolores resignados del hijo, para presentarlos ante el trono del Señor y pedirle, no misericordia solamente, sino bendiciones también y gracias celestiales para una humanidad que, aunque llena de crímenes, está llena también de heroicas virtudes.

El Pontífice volvió a recorrer las calles, llegó hasta la misma línea donde se besan las ondulaciones y remansos del río con los musgos y florecillas de la orilla, y cual si el cauce del Tiber fuese continuación de la pradera, siguió caminando por las aguas con su paso de anciano y apoyando el báculo en las movibles y turbias ondulaciones de las aguas.

Después se perdió allá a lo lejos por los montes Albanos, mientras sentía el perfume celestial que exhalaban aquellas lágrimas y aquellos dolores, y parece también que iba diciendo con transportes de inmensa alegría:

—Mientras la fe de Pedro viva en la tierra, no han de ser sólo pecados y ofensas los que formen mi hatillo la noche de San Silvestre.

ALBERTO RISCO, S. J.

ANTIGÜEDADES

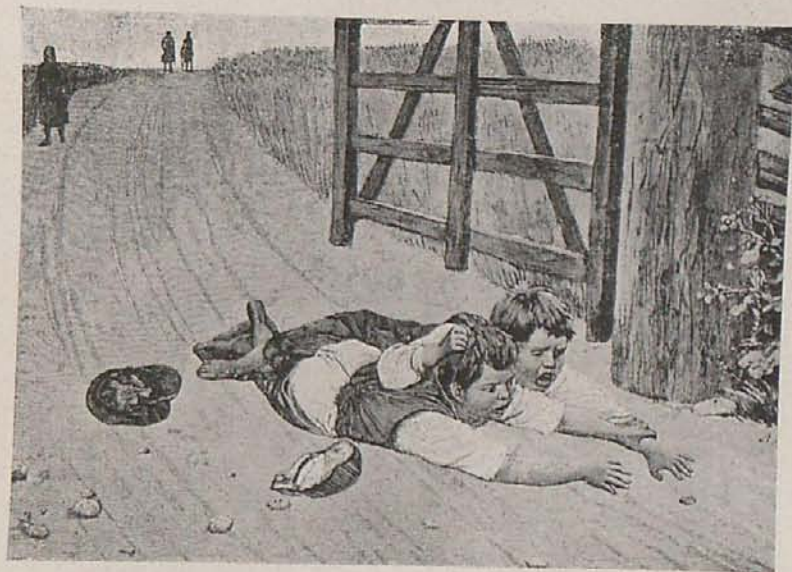
y toda clase de objetos de arte y plata antigua y moderna, propios para regalo

PEDRO LOPEZ

PEZ, 15 :- PRADO, 3

CASA EN SAN SEBASTIÁN:

ALAMEDA, 25 (Boulevard)



¡Una moneda!

en el
arte

El
niño

¡A ver si los cojo!



España en Trento

No pretenden ser estas páginas la Historia del Concilio de Trento que echaba de menos Menéndez y Pelayo. Más que un trabajo de investigación y estudio, que por otra parte no cabría en los estrechos límites de estos artículos, es de divulgación para llevar al conocimiento de todos lo que para España representó aquel magno y azaroso Concilio.

Es ya copiosísima su bibliografía. Mas también es verdad que, a pesar de ello, no es ciertamente España la que más se haya ocupado en hacer resaltar la parte, diríamos decisiva, que le cupo en el XIX de los Euménicos. Aun en nuestros días, a pesar del resurgimiento que se observa en el estudio de las cosas de España y en la revisión de su Historia, en este punto concreto, apenas si se ha adelantado nada.

Tarda ya en cumplirse las profecías de nuestros mejores escritores de las postrimerías del siglo pasado. Siempre hemos tenido los españoles la desdicha de que nuestras cosas sean despreciadas y rebajadas de su justo valor. Porque no pretendemos engalanar con los despojos de otras naciones la Historia de nuestra patria, que tanto de grado o por fuerza ha regalado a otras. España tiene títulos sobrados para ser la directora del pensamiento humano. Suelen ser los extranjeros quienes más utilizan en su provecho las normas que España trazara un día a la humanidad, presentándolas como nacidas en su país. Y tergiversando los textos y mal comprendiendo los hechos, lanzan terribles anatemas contra el secular atraso de nuestra patria. Menos mal que muchas veces el baldón que nos echan en cara con más frecuencia es precisamente nuestra legitimidad y única historia. ¡Somos (o fuimos) fanáticos! ¿Fanáticos? Eso es poco. Fué locura lo que tuvimos en los siglos más gloriosos de nuestros fastos. Pero locura de santidad, locura de amor de Cristo, locura de Imperio para dictar, con el Evangelio en la mano, la ley al mundo entero.

Así fuimos y eso llevamos dentro de nuestra alma, a pesar de esos dos siglos de extranjerismo, en los que nos vamos arrastrando torpemente por la tierra sin atrevernos apenas a mirar al cielo.

España fué la única nación que supo comprender mejor que ninguna otra todo el sistema de civilización contenido en las enseñanzas de la Iglesia. Y tal como lo comprendió, lo quiso y lo llevó a la práctica. Por eso fué España el paladín de la Contrarreforma, por eso desgastó sus energías en la lucha contra el error, por eso Hispanidad y Catolicismo llegaron a ser voces sinónimas.

Dos rasgos definen esencialmente a la Historia de España, dije en otro lugar. Por ambos se incorpora a la Humanidad y la sirve como nación alguna la sirvió jamás. España católica. Por catolicismo, universal; por catolicismo, misionera y redentora de medio mundo. España, escribe Menéndez y Pelayo, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes; España luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio. Esa es nuestra grandeza y nuestra unidad..., no tenemos otra.

España bajo un cetro que no es yugo, que es sostén de su grandeza, que es garantía de sus libertades, esperanza luminosa de su porvenir. «Nuestro honor, escribe Maeztu, fué abrazarse a la Cruz, a Europa, al Occidente e identificar nuestro ser con nuestro ideal. El mismo día que llevamos la Cruz a la Alhambra descubrimos el Nuevo Continente. Fué un 12 de octubre, día que la Virgen se apareció a Santiago en el Pilar de Zaragoza». La corriente histórica nos hacía tender la Cruz al mundo nuevo. Esa es nuestra grandeza y nuestra unidad... no tenemos otra, y esos los dos ideales por los que España fué «nación y gran nación», esas sus aspiraciones y sus ansias, esa su Historia y esa, diré también, su Hispanidad.

Hoy queremos dedicar unas cuartillas para recordar por unos momentos aquella España que se nos fué porque quisimos y vamos a echar una rápida ojeada sobre una de las épocas más tempestuosas de su Historia: la de la Reforma y del Concilio. Dos cuestiones trascendentes en la vida de la Humanidad. La primera fué la obra germánica, la segunda la española. La primera de perdición y naufragio, la segunda de salvación y de vida. El en-

cuentro de estas dos tendencias no ha terminado aún, ni sus consecuencias están aún liquidadas.

Vuelven los días aciagos en que las llamas sanguinolentas que alumbraron al mundo veinte años hace, amenazan de nuevo con sus siniestros resplandores. Parece que en estos momentos presenciáramos la bancarrota de una civilización. Es la pugna, consecuencia de la falta de un anhelo espiritual, la lucha sin conciencia. Hace falta ahogar en sangre la rebelión de la criatura contra su Creador. Es el superhombre, el creído de su civilización, que piensa que no necesita de nadie para seguir su carrera vertiginosa en busca de molicie y de placer. Alemania es un pudridero, un hervidero de pasiones. Francia, el centro del sibarismo y prostitución; las demás naciones...

Solamente España puede salvarse de esa terrible amenaza. Hay todavía en el alma española un poco de teología y eso le impide caer tan bajo. Mientras otras naciones vagan en pos de la verdad, corriendo tras el vicio, España ¡a pesar de todo! aún busca, quiere la verdad y vaga solamente en pos del vicio. No está todo perdido. Y el sedimento que a través de los siglos depositaron teólogos y juristas, místicos y ascetas en nuestra alma española, no lo ha podido arrastrar la corriente turbia de las «ideas nuevas». Aún podemos ostentar el dictado que a España dió Rubén Darío:

Nación generosa, coronada de orgullo inmarchito.

Aún somos y pesamos en la historia del mundo. Aunque relegadas al polvo de los archivos y bibliotecas las obras de los grandes pensadores españoles que iluminaron al mundo, el pueblo, que leyó en ellas, no es del todo malo. Esas obras pueden ser sacadas de la obscuridad y marcar el derrotero que debe seguir la Humanidad. Somos la civilización. Si nos damos prisa, quizá no sea tarde. Y España tiene que cobijar a los jóvenes pueblos de América. Tiene que seguir enseñando. La misión que tan gloriosamente cumplió en Trento, no es un hecho episódico. Esa misión se perpetúa a través de la Historia. Y ese destino le indica la nueva Cruzada, la nueva batalla de Contrarreforma que tiene que pelear.

No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma Nación, ha dicho el Maestro, pero mientras sus elementos esenciales permanez-

can los mismos, por lo menos en las últimas esferas sociales; mientras sea capaz de creer, amar y esperar, mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde alguna memoria de lo antiguo y se contemple solidaria con las generaciones que la precedieron, aún puede esperarse su regeneración; aún puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor y acudan las gentes a su lumbre y los pueblos al resplandor de su Oriente. Un rayo de luz ha brillado en medio de estas tinieblas, y los más próximos al desaliento hemos sentido renacer nuestros bríos...

Antes de entrar de lleno en materia, debo hacer unas cuantas aclaraciones.

En el transcurso del relato, quizá pueda ver el lector un prejuicio por mi parte al enfrentar continuamente la figura del Emperador Carlos V con la de los Papas. Lejos de mí está el deseo de exaltar a uno a costa de los otros. Pero la Historia es la Historia y a ella nos ajustamos en todo lo que dejamos expuesto. De todas formas, aun en los hechos que condenamos, resalta más que la miseria de los hombres la realización de aquellas palabras de Jesucristo dirigidas a su Iglesia sobre la que no prevalecerán jamás las puertas del infierno.

No es afán nacionalista el exaltar a España sobre las demás naciones. Puédese asegurar que ninguna llegó no ya a superar, pero ni aun igualar a la España del XVI.

En mis consultas he preferido siempre ir a los Maestros, a aquellos cuya autoridad es indiscutible en todos los sectores de la opinión. He recurrido algo más a Menéndez y Pelayo para que el lector que, acaso, no hubiera tomado en sus manos ningún libro del Maestro, vea que el Polígrafo santanderino no es solamente para ser tratado entre eruditos y así se familiarice con él.

En general no he aportado ningún nuevo dato, sino divulgar los ya conocidos entre cierto público. Aparte tal o cual carta o relación que he encontrado en Manuscritos de la Biblioteca Nacional y en el Archivo Histórico, las demás que se mencionan son extractadas de otros libros que tratan sobre estas materias del Concilio.

Por último, tratándose de un trabajo de vulgarización, he creído conveniente suprimir las llamadas al pie de página para no desviar la atención del lector del relato anterior y subsiguiente. Por lo general no cito obras raras; la mayor parte de los libros de que hago mención son conocidos y de fácil comprobación, por tanto, al querer saber sobre la fidelidad de la misma o ampliarla con más detalles.

Réstame, en fin, rogar al lector su benevolencia por las omisiones, involuntarias, que encontrare.

I

Ojeada sobre la vida del XVI

Siglo XVI. Siglo de Oro en España, Renacimiento en Italia, esplendor del humanismo y resurgimiento de la escolástica. Paganismo soez y burdo materialismo. Divinización de la naturaleza y de los vicios fuera de España; teología, misticismo, morigeración en las costumbres, ascetismo en el suelo español. Dos tendencias. La católica, española; el europeísmo, todo lo restante. La frase de que hasta Dios se había hecho español es, históricamente, exacta y designa hasta qué punto había llegado en sus conquistas el espíritu de la Hispanidad. La división está hecha y en adelante la humanidad será exclusivamente, lo mismo que católica o no católica, hispana o antihispana. Allí donde España clavó junto con la Cruz el asta de su bandera, es todavía baluarte de la civilización cristiana; las demás naciones, que no sintieron su benéfica influencia, se pierden todavía en los mares de la verdad ignota.

Difícil será al orgulloso portador de una cédula que junto con su nombre estampa una fecha de treinta, cuarenta o sesenta años hace, imaginarse la vida del XVI. Es un creído de la «civilización». Se entusiasma ante las conquistas de las ciencias físicas, químicas o matemáticas, de las leyes sociales y políticas y de último tipo no se fija en la triste paradoja que le ofrece a diario ese brillante mundo que contempla. Porque junto a esa magnificencia, los hombres no saben ya qué hacer, en qué emplear sus esfuerzos para obtener con qué atender a sus necesidades. Esa civilización arroja el café al océano, para mantener sus elevados precios guarda la producción es-

peculando con el alza. En esa civilización se da el caso de que pueda haber al mismo tiempo miles de casas sin alquilar y millares de personas que, no teniendo cobijo, duermen por las calles.

Se olvidaron de la única misión del hombre sobre la tierra. Aquellas palabras de San Pablo: «sabad que no tenemos aquí ciudad permanente, y que mientras vivimos peregrinamos al Señor», debían esculpirse en todos los lugares de la ciudad y de la casa para que nos recordara constantemente nuestro *quo vadis*.

Esas palabras que el mundo hoy ha olvidado, las tenían muy presentes los españoles de la Reconquista, de la Contrarreforma o de Lepanto. España vivía solamente para Dios. Parodiando aquella célebre frase «Austria est imperare Orbi Universo» (que constituye el famoso anagrama A. E. I. O. U.), podríamos decir que «Hispaniae est portare signum Crucis Orbi Universo». Es exclusivo, privativo de España, llevar la fe de Cristo a todo el mundo. «España era o se creía, ha dicho Menéndez y Pelayo, el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar el sol en su carrera. Nada perecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso, en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades, el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia y salvar por ministerio del joven Austria la Europa Occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bánavas con la espada en la boca y el agua a la cinta y entregar a la Iglesia romana cien pueblos por cada uno de los que le arrebatara la herejía».

España no podía acometer semejantes empresas sin grandes sacrificios. Pero España supo dar lo mejor de su carne, de su sangre y de su espíritu, a la causa de Cristo. A pesar del oro y riquezas de las Indias, España vivía pobremente. El hidalgo, el señor, el conde o marqués no vivía mucho mejor que el artesano. Todos gozaban por igual de una misma suerte. Las arcas del Tesoro y la de los particulares se hallaban exhaustas a causa de

las continuas guerras y empresas en las que España se empeñara por defender y extender la Iglesia de Cristo. No es, pues, aquella época de disipación y de orgía.

No lo era tampoco, consiguientemente, en la vida privada. Y si en las costumbres había mucho de reprochable, no alcanzaba ni con mucho a la corrupción que existía en otras naciones. La obra de Cisneros, adelantándose a lo que dispusiera más tarde el Concilio de Trento, permanecía en todo su espíritu.

Fué España la primera y la que con más insistencia pidió la reforma del Clero, y pueblo católico, la que la inició y llevó a buen término, y la primera también que, apenas terminado el Concilio, puso en vigor las normas dictadas por aquél.

No sucedía lo mismo en Francia e Inglaterra, y sobre todo en Italia y Alemania. El Renacimiento neopagano había herido, como visión de bienaventuranza, la fantasía de aquellos hombres. «El mundo occidental, dice Wyndham Lewis, estaba repentinamente intoxicado por el vino nuevo del Renacimiento, la dorada visión de las Indias y de las Américas, los viajes recientes, la expansión súbita de todo el globo, como una flor al sol; el recuperado contacto con las civilizaciones paganas de Grecia y Roma, que se hallaban ya en camino y aceleraron la captura de Constantinopla por los turcos en 1453; la cultura derramada por las imprentas; la partida y retorno de aventureros; la emoción del conflicto y de la conquista; toda Europa se convierte en torbellinos de fieros goces, pasiones y entusiasmos, amores, odios, generosidades y esplendores y también feroces crueldades, sacrificios, santidades y maldades. Mr. Arthur Machen ha observado con acierto que nuestro modo actual de vida, comparado con el de nuestros antepasados del Renacimiento, es como un estanque de pueblo junto al Niágara».

El mismo Wyndham Lewis hace una evocación de aquel Gante, Lyon o Arras fastuosos, plenos de mercaderes que iban y venían de las Indias, repletas sus arcas de oro y pedrería, de pieles, terciopelos y sedas, colgaduras y tapices que importaban un montón de dinero, una verdadera fortuna. Y aquellos palacios como el de Hampton Court o los de Blois, rodeados de inmensos y bien trazados jardines y terrazas, con anchas avenidas, en

los que se celebraban fastuosas recepciones y fiestas. Maderas perfumadas que embalsamaban el aire y preciosas músicas que deleitaban el ánimo, completaban esta postal del siglo XVI. Refiere la llegada de Wolsey, delegado del Papa y canciller de Inglaterra cuando fué a visitar al rey de Francia «entre el estruendo de trompetas y tambores, iba precedido por cincuenta caballeros de su casa, con su librea negra y carmesí y cadenas de oro; por cincuenta caballeros introductores descubiertos; por fin arqueros y marcando el paso y con arcos tensos; por las mazas de oro y por el gran crucifijo profesional, deslumbrante de pedrería, y el canciller, ataviado y calzado de carmesí, montaba una mula enjaezada de oro, con estribo de oro también, cerrándose el desfile por otros cincuenta arqueros más. Frente a esta visión podemos presentar la visita del embajador francés a Carlos V, Soberano de Alemania, España, Austria, los Países Bajos y América, cuando finalizaba su brillante reinado y estando en su residencia de Bruselas, sentando el Emperador ante un sencillo escritorio, viste traje de barata lana negra. Pues bien; ambas evocaciones son igualmente típicas del Renacimiento.

No difería gran cosa el Renacimiento de la Edad Media, pero el renacimiento era sensualidad, mientras la Edad Media se complacía en poner de relieve su espiritualidad. El Renacimiento rinde culto al encanto de las formas, de la luz y del color, aunque también eleva su pensamiento hasta Erasmo, Rabelais, Melancton, Ronsard, Maquiavelo, Tomás Moro y Copérnico.

Lógicamente, este falso concepto de la vida debía conducir, como así fué, a la corrupción de costumbres. Ese esplendor y grandeza, en las artes y en la literatura, en la conquista y en el descubrimiento, se tradujo bien pronto en molice y sibaritismo en la vida ordinaria.

Roma, la cuna del Renacimiento, era también la madre de los grandes vicios. La corte de los Papas era el verdadero emporio de todas las manifestaciones del saber humano. Durante el reinado de los Médicis y Farnesio, la Ciudad Eterna conoció sus mejores días. Se levantaban soberbios monumentos, se abrían grandes avenidas, magníficas iglesias y pala-

cios, eran contruidos apenas soñados. Se empieza entonces la construcción de la fábrica de San Pedro, el más grandioso de los monumentos que la Cristiandad haya levantado sobre la tierra. Los bueyes trabajaban incesantemente en la conducción de enormes bloques de piedra que eran trasladados de los circos y ruinas romanas a las Iglesias o al Palacio de los Farneses.

Los músicos, poetas, pintores y escultores, fijan en Roma su residencia, sabiendo de antemano que en el Papa tenían un seguro Mecenas.

Todo esto estaría bien si por las mismas calles que transita el Vicario de Cristo, los Cardenales, Obispos y personas santas, no pusieran también su planta otra clase de personas no tan santas. Roma tenía un ejército de mujeres de vida airada. Era, ni más ni menos, ese tipo de mujer internacional y cosmopolita que se puede ver hoy en cualquiera de nuestras grandes urbes. Pagaban su contribución y podían, por tanto, ejercer su triste ministerio.

No pretendemos recargar con tintas sombrías el cuadro de la degradación a que llegó la sociedad del XVI, sobre todo en los Estados alemanes e Italia. Una buena parte de la culpa corresponde, a no dudarlo, a los Papas, en cuyas manos estaba entonces el gobierno de sus Estados y la dirección espiritual de los demás. Aunque nosotros quisiéramos dar otra interpretación a los hechos, la misma verdad histórica nos impugnaria. Es imposible comprender la Reforma sin una corrupción grande en toda la sociedad y principalmente en el clero. «La tragedia del cisma religioso, ha escrito Grisar, se convierte en un enigma insoluble si no se admite la triste premisa de la corrupción de la Iglesia. Pero gravemente errará el que suponga que el mal tenía su origen en la naturaleza misma de la Iglesia y que, por consiguiente, debían ser sacrificadas la doctrina y la jerarquía de la Iglesia.» Pastor ha demostrado hasta la saciedad, que la Reforma protestante fué engendro de ese estado de cosas lamentables.

Ya hemos hecho la salvedad de que en España no sucedía lo mismo que en otras naciones, en las que, naturalmente, el camino del Reformador estaba ya abierto y preparado suficientemente. Es un error creer que los

acontecimientos son hijos de los hombres; no, al contrario, los hombres son hijos de los acontecimientos. Jamás un hombre, si no está asistido por fuerza superior, podrá no ya contener, pero ni aun desviar el curso de los hechos. El hombre que obra sobre un pueblo, es porque es más hombre que todos ellos, porque es el más sensible, es el que, como antena misteriosa, recoge fielmente los latidos de todos los demás. El pueblo oye con agrado lo que quiere que se le diga, lo que no, lo rechaza abiertamente. El que le habla más al corazón, ese será su ídolo. La exaltación de sus sentimientos, y si es de sus pasiones mejor, es lo que conducirá al triunfo a quien les hable de ellos.

Por eso Lutero no tuvo más que lanzarse al camino para que fueran tras él. Cualquiera otro hubiera producido el mismo efecto. «Lutero fué un héroe de ocasión, ha dicho un escritor, sencillamente porque se puso al frente de la oposición a Roma». «En el fondo, observa Pastor, Lutero no hizo más que arrojar la tea incendiaria en el combustible que se había venido acumulando durante siglos».

Porque aquellas gentes querían no el saber la verdad, sino legalizar sus pasiones y sus vicios.

¿Por qué se separó Enrique VIII de la obediencia del Papa? Porque el Papa, justamente, le negaba la demanda de divorcio que él reclamaba para tener todas las mujeres que quisiera *legalmente*. Melancton escribía al Rey de Inglaterra que «no debe intranquilizar al monarca el hecho de tomar segunda mujer en vida de la primera», puesto que los príncipes, por razones de estado, pueden hacer lo que más convenga para la salud de su reino. Consecuente con esta doctrina, Enrique abandonó a Catalina de Aragón, tía de Carlos, y se casó con Ana Bolena.

¿Por qué Felipe de Hesse se adhirió tan pronto a la causa del protestantismo? Pues porque Lutero demostraba que la poligamia era lícita, según la Sagrada Escritura, «permitida por Dios a los ricos».

Y todos los demás no pretendieron otra cosa.

Y así vino la Reforma.

Lutero se proclamó abiertamente contra el Papa con motivo de la predicación de las indulgencias otorgadas por León X a los que

contribuyeran con sus limosnas a la construcción de San Pedro. «La gran apostasia, dice Grisar, halló un terreno favorable en la hostilidad que esta cuestión de orden material suscitaran contra el Clero y contra la administración pontificia, hostilidad tanto más peligrosa cuanto que el Clero mismo, agotado por las tasas e impuestos romanos, la compartía».

El grito de rebeldía estaba ya lanzado, en un ambiente propio, para dejarse oír. Pero ¿sabe a punto fijo el que lanza una piedra el sitio en que caerá? ¿Sabe el ave cuando inicia su raudo vuelo a dónde irá a parar?

Lutero fué adentrado en el camino que había emprendido, y tan lejos fué en sus predicaciones que hubo momento en que quiso desdecirse. Pero ya era tarde, sus secuaces le empujaban. Ya no tenía más remedio que continuar por ese incierto camino de la vacilación y la duda, del ceder ante las exigencias de los que le empujan.

Lutero arroja al fuego, junto con los libros de Derecho Eclesiástico, los de Escolástica y controversia antiluterana, la Bula de excomunión recibida seis meses antes.

Su pluma es incansable, y así escribe multitud de libros, todos concebidos en los tonos más fuertes e injuriosos contra los «papistas» a los que llama perros rabiosos y otras lindes por el estilo y contra la Iglesia de Roma, para la que no encuentra mejor calificativo que el de prostituta. El Papa, según él, «es un avaro leproso, el mayor de los ladrones y bandidos que haya existido ni existirá jamás sobre la tierra».

Al mismo tiempo Lutero escribía a Carlos V contándole sus *amarguras*. No le hacen caso cuando pide perdón, pues no le creen veraz, él no es otra cosa que una víctima inocente a quien se persigue sin causa ni motivo alguno y ruega al Emperador le defienda y ampare, pues Carlos es el Rey de reyes, y él, Lutero, «su humilde servidor, insignificante como una pulga».

El Papa también había escrito al Emperador recordándole su obligación de velar por la pureza de la fe y buenas costumbres y que la actitud rebelde y levantisca de Lutero reclamaba su pronta condenación.

Carlos V contestó a ambas cartas, convocando para el 6 de enero de 1521 la Dieta de sus Estados en Worms.

Carlos no creyó necesaria la presencia del hereje en la Dieta, ya que una vez que el Papa le había condenado, nada habría que hacer en ese sentido. Se le condenaría como instigador a la rebeldía y conculcador de las leyes del Imperio. Pero los Estados hicieron ver al Emperador la conveniencia de escuchar a Lutero: podría tratarse de su retractación; además, algunos de los puntos de su doctrina estaban oscuros y querían saber qué pensaba Lutero sobre ellos.

Lutero fué, por fin, llamado a la Dieta. El mismo Emperador suscribió un documento por el que le mandaba comparecer ante la Dieta, dándole plena garantía en lo tocante a su libertad para hablar como quisiese, prohibiendo a todos sus súbditos hacerle mal alguno y acogiendo bajo su especial tutela en los veintidós días que le concedía para ponerse en camino a Worms, asistir a la Dieta y regresar a Wittenberg, su residencia ordinaria. El heraldo imperial Gaspar Sturn le entregó el salvoconducto y le acompañó durante su viaje hasta Worms.

El Emperador pidió que los libros de Lutero fuesen entregados a la autoridad para su examen. Esto produjo viva inquietud y verdadero pánico en el ánimo de Lutero, pues comprendió que la visita del Emperador no era de pura fórmula. No obstante, se puso en camino inmediatamente, dispuesto a sacar todo el partido posible de su estancia en Worms.

Al día siguiente de su llegada fué conducido a presencia de la Asamblea del Imperio.

RAFAEL BURGOS

(Continuará.)

«Desde aquellos tiempos en que Tácito le rió aplaudir los crímenes de los emperadores, el vil populacho no ha cambiado. Esos bárbaros que pululan en el fondo de las sociedades están siempre dispuestos a mancillarlas con todos los crímenes, en demanda de todos los poderes y para deshonor de todas las causas.»

THIERS

Decálogo para la política exterior y colonial española

I. Es una necesidad vital para España la de tener una política internacional y colonial definida. La desorientación y la política de renunciaciones y sumisiones, sólo conduce al desastre y debe cesar inmediatamente.

II. La política internacional y colonial española debe estar inspirada solamente en los principios inmortales de la *Hispanidad* y en los derechos de España: es decir, la pujanza de España en el mundo y el progreso moral y material de los españoles y de los pueblos hoy tutelados por España, pudiendo así aportar labor estimable a la Civilización Universal (no debe entenderse ello opuesto a una justa colaboración con las demás naciones). Los partidismos, localismos, intereses de grupo social, etc., y los intereses extranjeros sólo pueden tenerse en cuenta en la política exterior y colonial, cuando no se opongan al interés patrio ante el que deben ceder.

III. La política exterior y colonial española, una vez definida debe ser firme y estable, sin perjuicio de adaptarse a las circunstancias de cada caso y de la rectificación de errores sin falso amor propio, estando a salvo de cambios impuestos por circunstancias injustificadas, como por ejemplo de política interior.

IV. Aunque no debe existir contradicciones entre la política exterior y colonial y la restante labor política y social, que mermen la eficacia de aquélla, es preciso mantener la necesaria separación entre ellas, combatiendo el extendido error que supone que a una determinada posición en política interior, local o social, corresponde otra en política exterior y colonial inspirada en idénticas motivaciones, así como el que presenta a la Patria y a sus empresas, como patrimonio de algún grupo determinado.

V. Es preciso fomentar desde la escuela el conocimiento e interés de las masas (y aun de la minoría gobernante) por las cuestiones exteriores y coloniales. La indiferencia y la ignorancia voluntaria ante las cuestiones exteriores y coloniales que interesan a España, es un delito, y su corrección un deber primordial del Estado español.

VI. Los españoles tienen derecho y están obligados a participar en forma adecuada a sus circunstancias en la política exterior y colonial de España, bajo la dirección de las autoridades que la organicen, laborando en defensa de su Patria aun a trueque del sacrificio de intereses particulares (donde haya un español debe haber un pedazo de España, en el que se respete y se haga respetar el nombre de la Patria). Quien no cumple sus deberes nacionales en política internacional y colonial, no ostenta legítimamente la calidad de español, y es un deber de sus conciudadanos y del Estado español, obligarle al cumplimiento de aquéllos.

VII. Sólo debe ejercer funciones públicas en política internacional y colonial, quien está capacitado para su desempeño, por reunir las condiciones necesarias, sin tener en cuenta circunstancias de política interior o de otro orden. Los actos de las autoridades en política internacional y colonial deben estar inspirados exclusivamente en el interés de España, constituyendo en otro caso una extralimitación culpable.

VIII. Ante el extranjero y dentro o fuera de España, sólo debe haber españoles agrupados en indestructible haz para la defensa de la Patria: la división es una traición. Las autoridades españolas en política exterior y colonial, cuando actúan cualquiera que sea el juicio que merezcan, deben tener el apoyo y la colaboración de todos los españoles.

IX. La labor en política internacional y colonial, aunque tendiendo a la eficiencia, ha de ser independiente de los triunfos o adversidades que se obtengan, pues la defensa de la Patria es más gloriosa en sus momentos difíciles, y más mérito tiene entonces la fe en sus destinos universales.

X. Colabora grandemente al éxito de la labor internacional y colonial de España, el cumplimiento de los deberes cívicos internos de cada cual; una conducta laboriosa y honrada, y la ayuda de los españoles a quienes preocupaciones económicas o culturales impiden actuar en política exterior y colonial, restando fuerzas a España; los malos ciudadanos lo son generalmente en política interior como en la exterior y colonial.

ARGENTINA

El grandioso acto celebrado en Buenos Aires por los nacionalistas argentinos

El fracaso del liberalismo

El nacionalismo argentino ha salido ya de su infancia y pronto, cuando quiera, demostrará toda su fuerza y empuje. Reciente aún está la magna Asamblea celebrada por sus dirigentes en la ciudad de Buenos Aires. Uno de sus primeros gritos, llamando a la gran batalla. Un lema sano y lleno de sano patriotismo. Una doctrina basada en el amor a Dios y a la Patria. El nacionalismo no es un par-

Asamblea son de eterna actualidad en todos los países y singularmente en España.

En aquel acto hicieron uso de la palabra Olegario V. Andrade, Hernán Moyano López, Arturo Palenque y Roberto de Laferrère. Sería prolijo hacer la reseña de todos los discursos, pero no queremos dejar de reproducir algunos párrafos de la elocuente oración pronunciada por D. Olegario V. Andrade.

Estamos viviendo, dice, una honda tragedia. La tragedia del enemigo que se muere y quiere en sus últimos momentos de vida matar al que pérfidamente engañó durante ochenta años. Es el liberalismo el que está muriendo y, en su confesada miseria, quisiera llevarse a la tumba al país, a quien deja maltrecho, anarquizado, en todos los órdenes; al hombre una bestia, con su conciencia muda, sus manos embarradas en el lucro inmoral de una existencia que le aseguró concluida con el accidente de la carne, endurecido el corazón para que no comprendiera el amor, helada el alma para que no ardiera en él la llama de admiración emulativa para con los santos y los héroes, aprisionado el espíritu dentro del cuerpo para que fuera más animal que criatura, hermano del simio con el evolucionismo darwiniano, para que aceptara, aunque no creyera, en la democracia, y así lo hizo y así nos lo deja, afiebrado en el umbral de una locura incurable, y al país en la noche. Y es la noche la hora en que mueren los enfermos y en que los Judas cuentan al tanteo los dineros de la traición. ¿Habrá de morir sin que nadie ofrezca su sangre para salvarle? ¿Quién le devolverá la vida? ¿Quién le sacará de la noche? ¿Quién va a hacer del votante un hombre y del hombre económico un hombre verdadero? ¿Quién va a hacer de la sociedad una realidad de armonía y de equilibrio? ¿Y quién hará contra cualquier costo de la Nación ultrajada y dividida una Patria grande para no ser miserable, fuerte para ser respetada y más argentina cada día para ser más nuestra? Sólo y únicamente lo contrario al régimen liberal y sus gérmenes: socialismo y comunismo.

Y para serlo hay que negar todo lo que ellos afirman y afirmar todo lo que ellos niegan.

Frente a esta concepción atea, a esta mentali-



MAS FUERTE QUE LA TIERRA

(Cuadro del pintor boliviano D. Cecilio Guzmán de Rojas.)

tido político, es el reconocimiento de su patria y a él deben pertenecer todos los que quieran a la suya. La Patria, comenta *Crisol*, no es el partido radical, o el partido conservador, o el socialismo, o la democracia progresista, ni la izquierda soviética, ni la derecha aburguesada e insensible. La Patria es la sociedad entera y para ella todo nuestro respeto, nuestro amor y nuestro sacrificio.

Los discursos pronunciados en aquella magna

dad agnóstica de hoy, con su racionalismo vencido ante lo que él llama incognoscible, con su positivismo entendiendo la materia pero desvinculándola de las altas categorías que valora al hombre hecho a semejanza del Creador nuestra fe, invencible y honda en una justicia para después de la muerte que nos condenará o que nos salvará, según el merecimiento de nuestras obras.

Frente al laicismo, que es su fruto apetecido, proclamamos la necesidad de que la escuela integre las nociones que da obligatoriamente con los conceptos normativos de la religión nuestra.

Frente a la anti-Patria de los detractos del mundo y frente a los que la conciben como una manifestación de ubicación territorial que otorga derechos, declaramos que el territorio la integra y

dificar todas las leyes que no comprendan al presente ni prevean el porvenir.

Frente a la división política en que el país se desangra, con toda la inmoralidad que la puja electoral entraña, en que unos, con cinismo inaudito, hacen fraude electoral y defraudan esperanzas y se ensucian en el légamo de negociados judaicos, escudándose en que los otros igual hicieron en su hora, nuestra doctrina y nuestra milicia, una y argentina, con jerarquías pero con responsabilidades que habrán de exigirse íntegramente y con rigor militar. Frente a las boinas coloradas y blancas, que sólo significan el privilegio de unas camarillas que luchan entre sí para adueñarse del poder mismo, descuidando totalmente lo argentino para proteger lo radical o lo conservador, nuestro



CALACOTEÑOS

(Cuadro del pintor boliviano D. Cecilio Guzmán de Rojas.)

que para nosotros es el que nos procuraron a espada y sangre nuestros mayores, legándonos el viejo Virreynato, pero que la noción verdadera de la Patria, es espíritu, es tradición, es gloria, es historia guerrera, no diplomática, es solidaridad íntima con el pasado y proyección hacia el futuro. Y es en este sentido que decimos, que, los que la despedazan, los que la lesionan y afrentan en su acerbo intocable, con su cobardía y con sus teorías sectarias, lo mismo que los que la usan y recuerdan en discursos para beneficiarse y no para sacrificarse, no la tienen y son indignos de tenerla. El honor que ofrece esta Patria, está reservada para los que la sirvan hasta el sacrificio. Para nosotros, ella es la síntesis perfecta de toda la grandeza humana.

Ante la sublevante injusticia que entraña un orden jurídico, injusto e individualista, anacrónico e irreal, declaramos nuestra firme decisión de mo-

absoluto repudio criollo. Frente al trapo rojo, nuestro asco, y si no se someten nuestro puño para marcarles la cara por descastados.

Frente a la claudicación, al doblegamiento que el sistema impone, para navegar como inmundicia arrojada al agua en las aguas oscuras y barrosas del número y al conformismo permanente con toda clase de porquería para aumentar la suma, el deseo nuestro de organizar, cuando el estado de disciplina, del país lo permita, en base de una representación funcional al organismo social y hasta tanto, nuestra austeridad, nuestra pobreza y nuestra conducta, que en estos tiempos de palabras y palabras, es lo único que permite con certeza, el juicio.

Frente al internacionalismo, con la extranjería sublevada y desagradecida, frente al judaísmo usurpador y enemigo, nuestro lema de «Argentina

para los argentinos», diciéndoles que nos acepten como somos o que se vayan.

Y digámosle al poeta que proféticamente cantara:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Que lo que él presentó se está cumpliendo. El país habla inglés. Lo habla en sus instituciones políticas, lo habla en finanzas y en economía, lo habla en la ciencia y en el arte, en el cine y en el jazz, en el alma fría de un hombre de negocios, en la vida donde el consejo que dictan los traductores ingeniosos como Alberdi, recomienda: «El idioma inglés, como idioma de la libertad de la industria y del orden, debe ser aún más obligatorio que el latín. ¿Cómo recibir el ejemplo y la acción civilizadora de la raza anglosajona sin la posesión general de su lengua?

Pero digámosle al bardo para que siga tranquilo su sueño, que no lo hablará más. Que ya tiene el país quienes viven y sienten argentinamente. Que la Nación tiene en nosotros la falange que vuelve a España su mirada y siente el orgullo de un Felipe y que está lista para llevar la cruz o comportarse castellanamente. Sí, nosotros somos hijos de España,

los hijos mayores, y tenemos con ella afinidad de un destino y hacia ella la simpatía de una misma misión. Y por esto hablarán ahora nuestros Patriotas y nuestros Cazadores, nuestros Coraceros y nuestros Granaderos.

Hablarán ahora, nuestro Martín Fierro, sin que nadie lo persiga, y nuestro Santos Vega, no más quejoso de añoranzas, Nuestro Cristo Redentor nos indicará la marcha y a nuestras legiones, nuestro Cóndor andino las acompañará.

Frente a las alianzas, a las concordancias, a las uniones, nuestra decisión es inquebrantable de no asociarnos con nadie.

Porque nuestra tarea es esencialmente gubernativa y desde allí convenceremos con nuestra obra. Por hoy rechazamos al electoralismo, y opongamos al temeroso y vacilante concepto burgués de la evolución el verdadero de la mutación violenta para ser eficaz, rápida, para ser salvadora y total, para ser la nuestra, porque eso es la historia y esa es la verdad.

Sólo así podremos decirle a Uriburu, a él como a todos los que nos miran desde sus tumbas augustas, que este enfermo que el liberalismo deja con pus hasta en los ojos, no morirá. Digámoselo con la religiosidad de un juramento. Y no morirá.

EL CONDE DE PECCI

La leyenda de un hombre que no tiene historia

El regreso del Presidente Calles ha producido enorme impresión en la capital.

(De los periódicos.)

¿Quién es Plutarco Elías Calles? En realidad, nadie ignora que se trata del que fué Presidente de Méjico. Todo el mundo conoce los crímenes que pesan sobre su conciencia. Todos sabemos lo que hizo a su paso por el poder, y que ahora, desde su aparente retiro, continúa aquella revolución que tantas lágrimas costaron al pueblo mejicano. Todo esto se sabe; lo que no se conoce tanto es el origen de este hombre aborrecible y execrado.

¿Dónde nació? ¿Cuál es su origen? ¿Cuál es la fecha de su nacimiento? ¿Cómo se llaman sus padres? Quizá ni él mismo pueda asegurarlo. Por lo menos, nadie posee esos datos y, desde luego, no constan en ninguna parte. ¿Que es extraño? ¿Qué duda cabe! Pero no hay que olvidar que esos requisitos son privativos de las personas decentes. Los otros, los indeseables, la gente del hampa, no

necesita cosas tan engorrosas. La prueba es bien patente. Este hombre pudo llegar a la más alta magistratura del Estado mejicano sin que para nada le hiciera falta cumplimentar tales requisitos.

Se cree por algunos que su origen es sirio-libanés; otros opinan que es judío, aunque él asegura que es descendiente de españoles, y alguna vez ha elogiado «nuestra raza», incluyéndose en ella, naturalmente. Desde luego, fué por algún tiempo ciudadano de los Estados Unidos. En Méjico le dan el sobrenombre de «el Turco», aunque se le conoce también por el de «el Bandido Santanón» y el de «Maestro Mechas».

SU CARRERA POLITICA

Diríamos más bien sus «andanzas de bandidismo». Estas andanzas es lo único que nos puede explicar el tránsito del salteador de caminos a opulento millonario.

Empieza siendo maestro. Comete un desfalco en la Caja de la Corporación, y poco después, para estimularle, sin duda, le entregan la Tesorería de

un Ayuntamiento. Sirvió, en efecto, de estímulo, pues de allí se llevó un montón de pesos.

Nuestro hombre progresa. Instala un hotel; él mismo prepara los «cock-tails», famosos por lo horrible. A poco incendia el hotel y reclama el seguro en dos Compañías con las que había contratado. Estas se resisten, pues está demasiado patente la responsabilidad de Calles. Al fin logra sacarle 12.000 pesos.

Ya tiene más dinero. La paz bucólica de los campos le atrae, y ensaya sus aficiones de agricultor. Como le va mal el negocio, se asocia con un gerente de un molino. Poco después el molinero lo ha perdido todo. Calles, en cambio, lo ha ganado, y entonces funda el Sindicato del Escándalo en Fronteras.

Pero necesita aún más dinero. Nadie escapará a su rapiña. Tiene noticias de que unos campesinos se acercan a su Estado conduciendo 250 vacas. Se adelanta a ellos, y coge presos a los ocho hombres que traían su ganado. Se hace dueño de las 250 vacas y de cuanto llevaban en su poder. En cuanto a ellos, nada mejor que matarlos. Así no hablarán. Y sin vacilar, los fusila.

Hasta aquí Calles es un hombre que se aprovecha de todo, pero sin la consagración de un puesto que recompense sus trabajos. No tardará en llegar. Un hombre de sus méritos no puede permanecer en el incógnito. Ya es comisario de Agua Prieta. Allí se distraía en «plagiar» (secuestrar) personas que luego conducía a Méjico y las mataba. Surge de pronto un enemigo: D. Francisco Escardón, que piensa ir sobre Agua Prieta, feudo de Calles. Este lo sabe, y se adelanta a su encuentro con 40 hombres a la cabeza. Pronto se fatigan, y ya oscurecido se acuestan al raso. En esto llega Escardón y hace preso a Calles. Va a fusilarlo, pero luego le perdona por la mediación de D. Manuel Huerta.

Cierto día aparece fusilado el jefe de la Aduana. Se sospechaba de unos de Arizona, y de acuerdo con la policía condujo a cuatro individuos a su Estado, y los cuelga a todos. Este día se emborrachó, para celebrar el triunfo de la justicia.

EL DECRETO NUMERO 1

Así se llama en Méjico al precepto que establecía la pena «que se quisiera» a los infractores de la ley seca.

«El Corcholito» era un pobre viejo sin medios de fortuna ni trabajo de ninguna clase. Corría a su cargo la alimentación de un nieto de diez años. «El

Corcholito», para sacar algún dinero, hacía aguar-diente en su alambique. Pero Calles, que quería «regenerar» el Estado de Sonora, le da muerte en presencia del pobre nietecito.

Como se ha podido comprobar, Calles sabe fusilar; pero ¿sabe encararse ante sus enemigos, efre-cerles el pecho?

Maytorena, que había sido uno de los principales de la revolución, envía una fuerza contra Calles. Se encuentran frente a frente. Mientras ellos pelean, todo va bien. Pero han matado a Cruz Gálvez, su mejor amigo y defensor, y Calles sale corriendo. Es la única batalla a que asistió. Más tarde, en memoria del héroe de aquella jornada, su amigo Cruz Gálvez, funda una escuela que lleva su nombre.

CALLES, PRESIDENTE

Ya ha logrado, por fin, sus ambiciones. Es Presidente de Méjico. ¿Quién no recuerda las tristes y amargas horas que hizo vivir a nuestros hermanos de Méjico? Pero no todo se reducía a idealismos políticos, ni todo estribaba en marcar una nueva ruta a sus compatriotas. Hemos querido indagar sobre la fortuna personal de Calles, el sombrío. No hemos podido tener los datos numéricos, pero sí la certeza de que tanto él como sus hijos, deudos y amigos, son millonarios. Posee diferentes palacios en diferentes puntos de la República mejicana, y, últimamente, hallándose algo delicado de salud, se hizo construir uno, magnífico, en un abrir y cerrar de ojos.

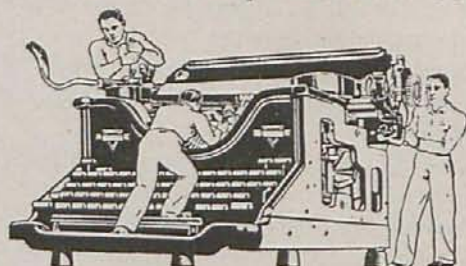
Su fisonomía moral queda bastante definida. Sólo resta agregar a todos estos títulos el de masón y, consiguientemente, el de antiespañol. En la masonería ocupa un puesto preeminente. Sólo así se concibe que hombres de tal laya puedan llegar hasta las cimas del Poder. Como la masonería le llevó a la Presidencia, él, de igual forma, cumple al pie de la letra las instigaciones de ésta. Como antiespañol... habría mucho que decir de los que no impidieron su saña...

Esta es, en síntesis, la vida del fundador de la dinastía que lleva su nombre, dinastía que gobernó y que empieza a desaparecer, sin que se pueda decir que los sustitutos la mejoren, para dolor de Méjico, digno de mejor suerte.

Ahora que inicia nuevamente su actividad política, conviene recordar su tenebrosa historia y el origen de su poderío.

RAFAEL BURGOS

Para reparaciones sólo



MATEO MARIN

VENTA Y ALQUILER

ABONOS DE CONSERVACION

Papel carbón y cintas

Hernán Cortés, 18 - Teléfono 14503 - MADRID

LA HISPANICA

CONFITERIA-REPOSTERIA
FIAMBRES

ESPECIAL SERVICIO
DE LUNCH

PEDRO GONZÁLEZ LOPEZ

SELECTAS MERMELADAS
ESTILO INGLÉS

Serrano, 76-Teléf. 53226-MADRID

DESIDERIO MUÑOZ

Serrano, 78

Teléfono 50517

LOS LICORES,
QUESOS,
MANTECAS,
FIAMBRES,
CONSERVAS
Y ACEITES
DE ESTA CASA
SON LOS MEJORES

Nuestro éxito: Mantequilla fina de León

J. STEINBRENER

EDITORES DE LA SANTA SEDE

DEVOCIONARIOS

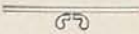
OBRAS PIADOSAS

ARTICULOS RELIGIOSOS

Wintenberg

Checoslovaquia

Librería Católica
del
Sagrado Corazón
Gondomar, 10


CORDOBA

La Villa Mouriscot
Confitería - Pastelería - Fiambres
⊕
SALON DE TE
⊕
Barquillo, 20 - - Teléfono 16810
Glorieta de la Iglesia, 6.
Telf. 45047

El Lápiz Americano

Fábrica de Sellos de Goma

Artículos de Escritorio



La Casa más importante de Venezuela

Este, 4 núm. 12-2 :: CARACAS

